

"El Pájaro de Fuego"

(Imágenes para la sinfonía del mismo título de
Igor Stravinsky)

Ignoraba el color del animal que me llevaba en su lomo cuando el bosque se consumía entre llamas, y el humo alcanzaba su poder negruzco.

Los montes negros que se adivinaban entre el humo, parecían estar lejos aun.

Tu notabas entre tus piernas la firmeza y fuerza de aquel ave que te transportaba hacia días en su espalda desde aquella calle oscura en la que, huyendo de la destrucción, habías subido ante la sensación de que era a ti a quien esperaba con las alas medio extendidas, pues rápidamente elevó el vuelo, justo cuando la calle muerta se derrumbaba en un abismo de fuego.

Hacia días que el fuego era lo único que había debajo de ti, y tenías momentos en los que temías que las grandes llamas alcanzasen las alas del gran pájaro que a veces planeaba muy bajo.

Mis ojos estaban abiertos y el tiempo había desaparecido de mi mente que ya no sentía ni el hambre. Un rumor de ramas y árboles cayendo te mordía los pies, bastante ardientes por el fuego, y de nuevo te apretabas contra el cuello del animal que movía ahora su gran cabeza como orientándose.

Poco a poco, un gran frío se iba apoderando de ti, mientras nos íbamos acercando a los montes y el silencio crecía a medida que nos alejábamos del fuego.

Amanecía, y ciertas cumbres sacudían la niebla que resbalaba suave hacia los valles.

Desde las cumbres, algunos hombres extraños y peludos nos hacían señales con espejos, y aun podía percibir sus muecas que semejaban sonrisas al tirar los espejos con rabia.

Una bandada de pájaros blancos volaba hacia nosotros y en un momento, tuve que tapar mi cabeza con las manos mientras recibía los golpes de los cuerpos de los pájaros que se me estrellaban.

Cuando aquello se calmo, percibí aun con mi cabeza escondida un perfume suave como de rosas.

El ave volaba ahora con gran silencio y al abrir los ojos pude ver que planeábamos a poquísima altura, y debajo de nosotros, se

extendían grandes jardines con fuentes brillantes y algunas jóvenes de cabellos largos, que con vestidos lisos y pegados, se revolcaban jugando encima de la hierba dulce... reían mientras su fresca piel blanca se teñía de verde como las briznas de hierba del jardín.

Había un palacio de torres cuadradas cubierto de hiedra donde extrañas mujeres agitaban pañuelos azules desde las ventanas.

Luego, llegamos a un río donde en pequeñas barcas blancas remaban pintorescos personajes con ropas rojas poco visibles entre la bruma.

En un claro del bosque algunas figuras corrían con antorchas junto a una hoguera. se caían al correr y luego agitaban sus teas elevando sus brazos hacia nosotros.

El ave se detuvo en una orilla del río y desapareció en las aguas mientras yo bebía en las hierbas que se metían en la corriente.

El agua estaba helada y caía en gotas gruesas desde tus manos.

Luego me levante y caminé entre los árboles de color ocre.

De pronto divisé una mujer con vestidos de seda que corría ocultándose detrás de los troncos y helechos. Corrí detrás de ella y huía, a veces lograba tocarla y entonces, desaparecía; volviendo a aparecer detrás de otro árbol a la vez que reía con una risa enloquecedora.

El suelo comenzó a moverse y a temblar y corrimos hacia el río, allí, estaba el ave y la mujer subió en ella.

El pájaro me esperaba con las alas extendidas; me era difícil correr. y me caía continuamente por el movimiento de la tierra. Por fin subí y el ave emprendió el vuelo, justo en el momento en que la tierra se abría y las aguas caían con estrépito en la grieta.

La calma se hizo de nuevo y con mi mano acariciaba los pechos de la mujer que iba delante. Mientras, mi boca se embriagaba de su pelo perfumado con un olor que desprendía tristeza.

Llegamos a unas rocas y luego a un cañón rojizo lleno de abismos. Había numerosas cuevas de donde salía música con notas de tormenta.

En el cielo aparecieron dos lunas que cambiaban de color. En el otro extremo, el sol tocó el monte del horizonte y se fue abriendo en pedazos mientras fundía la montaña por donde desaparecía.

El cielo se lleno de estrellas que chocaban entre sí y reventaban en colores.

**Un frío invadió mis pies mientras el resto de mi cuerpo ardía.
Al abrazar a la mujer en un abrazo muy fuerte... su perfume
empezó a marearme hasta que el ave comenzó a desaparecer dejándonos
en el aire que se hizo denso y nos puso poco a poco en el
suelo tibio... entre un gran estrépito de la música que en aquel momento se hizo
bosque y nos abrazó...**

Patxi Laredo

Hernani 8-1-1977